

ATENAS: ¿UN IMPERIALISMO?

AURORA GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA
Universidad de Salamanca

Si esquematizamos los interrogantes más importantes en torno al Imperio Marítimo Ateniense, tendremos que formular una pregunta: ¿se comportó Atenas realmente como una potencia imperialista? Esta cuestión incluye aspectos muy dispares. Lo militar llama más la atención, porque una intervención fulminante y destructora contra un aliado define sobradamente la actitud de mando. Una política descaradamente proteccionista de los intereses comerciales de Atenas en perjuicio de los aliados sería definitiva para dictaminar sobre sus intenciones y actitudes. Esta faceta extiende sus dominios hasta el ángulo monetario, donde se juega a favor o en contra de un Estado. La vertiente jurídica y administrativa, a veces bastante unida en la Antigüedad, posee un relieve singular, ya que Atenas se presenta ante sus aliados como la polis que mejor respeta y defiende las demandas de los ciudadanos particulares. Hasta la religión entra en litigio, pues no es lo mismo privilegiar la fama del santuario délico, la del délfico o la del Partenón. Para solventar el juicio definitivo sobre el Imperio Marítimo Ateniense, habrá que poner aún en la balanza muchos elementos y contar con datos arqueológicos, literarios, epigráficos, numismáticos, que avalen los análisis aquí realizados.

If we tried to outline the very important matters around the Athenian Maritime Empire it would be necessary to formulate one question: did Athens really behave as an imperialistic power? This question includes very different aspects. The military one is the most obvious since a striking and destructive intervention against an ally, defines clearly the commander's attitude. Nowadays, economy has been underlined and not without reason. A policy, openly protectionist of the Athenian trade interesse and that was detrimental to the allies, would be conclusive when judging interests and attitudes. This aspect also involves the monetary angle since was possible to play for or against a state. The legal and administrative side which are at times quite linked in the Antiquity, have a special importance because Athens appeared before the allies as the Polis that respect and defends the demands of the citizens. Even religion is at stake, since it's not the same to privilege the fame of the Delian Sanctuary, the Delphian or the Partenian. To resolve the definitive judgement about the Athenian Maritime Empire, it will be necessary to balance many elements and to take into account the archaeological, literary, epigraphic and numismatic data which will guarantee the hier accomplished analysis.

Explicitamos previamente la lógica de los tres apartados que comprende nuestro discurso.

Se percibirá de inmediato la diferente estructura de los dos primeros respecto del último. La razón es obvia y al especialista le sobran explicaciones aclaratorias. En un primer paso situamos al lector en el dominio propio de la cuestión que va a ser debatida. El historiador se vale de todos los elementos a su alcance para hacer más plausible su visión de hechos acontecidos hace varios milenios. El habitat, la economía, los medios de producción no son meros accidentes en la vida de un pueblo. De alguna manera se sitúan en el trasfondo de hazañas memorables o de sucesos bélicos una y mil veces celebrados en la épica nacional. Es lo que apuntamos en el arranque de nuestro estudio. No nos parece superfluo recordar en un segundo momento los hechos que constituyen el eje de los contenidos. Así facilitamos la comprensión de los argumentos aducidos en pro y en contra.

El cuerpo del artículo y su objetivo primordial consiste en discutir hasta qué punto Atenas, elogiada por tratadistas de distintas ramas como cuna de la civilización y de la democracia, responde o no al cliché de potencia colonial e imperialista. Nuestra reflexión crítica quiere ser una aportación modesta a lo que otros autores han tratado con mayor extensión y profundidad.

Con toda intención hemos reducido la complejidad de las citas y del aparato técnico. La lectura resulta más grata y la bibliografía final ampara suficientemente el texto presentado.

I. EL CONTEXTO

El período al que vamos a hacer referencia está configurado por dos aspectos singulares: el protagonismo de distintas ciudades y la emigración de algunos grupos humanos a otras regiones.

Es inevitable aludir a la geografía como condicionante de estos procesos. Grecia está determinada por la morfología de sus montañas y por la presencia del mar. Las fallas que atraviesan los montes helenos y la escasez de terrenos llanos invitan a crear un tipo de vida de relativo aislamiento. En la Antigüedad era más fácil la comunicación por medio del mar que a través de los intrincados caminos de herradura. La defensa, localizada por supuesto en una altura escarpada (caso de Atenas), se sirve de la cercanía del mar.

Este nunca está lejos de sus poblaciones, es decir, a unos 65 kms. como máximo en las regiones del centro. Espontáneamente, por tanto, la mayoría de los griegos son gentes de mar, bien aprovisionados de sus recursos y con tendencia a establecer lazos comerciales con otros pueblos, como sucede con todos los pueblos marinos. Por otro lado, esto atrae muchos extranjeros a sus costas. Y si a ello añadimos la aridez de no pocos terrenos, tendremos conjuntados los elementos que hacen más inteligible la historia de este momento.

Lenta y progresivamente ciudades como Esparta, Atenas, Corinto, Tebas y otras toman importancia singular. En torno a las principales familias, ubicadas en lo alto de los promontorios fortificados, se agrupan gentes de baja extracción. La densidad demográfica producida en algunos lugares como resultado del progreso se soluciona en ciertas áreas con la conquista de terrenos circundantes. Es el caso de Esparta respecto de Mesenia. Atenas recurre a la expansión fuera de Grecia, principalmente a las costas de Asia Menor. Estudiaremos luego la política empleada. La tendencia del expansionismo interior es resistida habitualmente por la fuerza, aunque se trate de regiones tan prósperas como Beocia. Esto estimula también la tendencia migratoria, sea a dominios cercanos —Tracia o algunas islas—, sea a puntos distantes, como en el caso de la costa itálica.

El último factor, aunque no el menos relevante, que configura la historia griega en estos instantes es la belicosidad del vecino imperio persa. Los medos extendían su poder hasta Macedonia, teniendo bajo su égida todo el Asia Menor. La amenaza que se cernía sobre el resto de Grecia era evidente. Ese fue uno de los motivos primordiales para las guerras médicas. Temiendo la venganza persa, los atenienses construyen una gran flota a instancias de Temístocles, entre el 482 y 480. Simultáneamente se llega a la formación de la Liga griega bajo el mando de Esparta, quien posee en ese momento mayor prestigio militar. Entramos así en el año 480, cuando Jerjes ordena a sus generales construir un puente para cruzar el Helesponto y avanzar sobre Atenas. Ya sabemos que el resultado de esta contienda durante las guerras médicas fue el saqueo del Atica por los persas y la destrucción de las fortificaciones de su capital, para concluir con la derrota naval de Jerjes en Salamina en el mismo 480 y con el fracaso del ejército persa en tierras de Platea el año 479, coronada con una postrer victoria de la escuadra griega en Micala (costa jónica).

A partir de entonces los persas permanecen en Asia Menor como enemigo perpetuo, pero los griegos comienzan a constituirse lentamente en amos y dueños del Egeo.

El punto de partida de nuestro estudio está situado justamente aquí, en el final de las guerras médicas. Su conclusión coincide con el inicio de nuevas guerras, esta vez interhelénicas, denominadas clásicamente como las del Peloponeso. Suelen darse como fechas limitadoras el 479 y el 431, aunque bien podían extenderse hasta el 429, año de la muerte de Pericles. Esos cincuenta años, conocidos por el nombre griego de *pentekontaetia*, constituyen la época dorada de Atenas. Su líder principal y más duradero fue Pericles, pese a que este personaje tuvo sus enemigos y detractores. No podemos, y tampoco sería correcto desde el punto de vista metodológico, abarcar todos los fenómenos ocurridos en esos cinco decenios. Nuestro tema se ciñe al imperio marítimo ateniense, imperio nacido —como veremos— de la Liga de Delos. Es cierto que, con variados avatares, mantuvo considerable poderío desde el 477 hasta el 404, constituyéndose en eje primordial para la organización interna de la política griega, pero la metodología histórico-científica de la Antigüedad nos obliga a excluir lo concerniente al 431-429, a fin de no entrometernos en los complejos sucesos que rodean las llamadas guerras del Peloponeso. Contando con ello, volvemos la mirada a nuestro punto nuclear.

Los aspectos del florecimiento de Atenas son múltiples. La capital del Atica llega a su apogeo como espejo de la belleza universal, sobre todo en la vertiente arquitectónica y escultórica. Se estimula tanto la literatura y el arte dramático, que se ha hablado de una verdadera *teatrolatría*. No escaseaban motivos para el arte como, por ejemplo, las gestas —tan recientes— de las Termópilas o de Maratón. También la filosofía despierta con sus primeras y originales creaciones. Algunos afirman que los jefes griegos lograron el éxito, porque tomaron como ayuda a la nueva ciencia del razonar desapasionado aplicándola a los problemas cotidianos. Sócrates surgirá en ese medio como maestro indiscutible para las generaciones futuras. La religión, centrada en el culto máximo a la diosa Atenea, pero recogiendo la herencia de tradiciones anteriores, alcanza un puesto relevante. La apertura a cultos orientales es el inicio de un posterior y fértil sincretismo. El auge del comercio y la unificación de la moneda son cruciales. Algo similar cabe decir de

las instituciones políticas que figuran en la base del gobierno de Atenas: la democracia. Con todo ello ya tenemos enmarcado el ámbito de nuestro trabajo.

II. LOS HECHOS

Después de la batalla de Micala los barcos helenos regresan a Samos. El comandante espartano Leotíquidas, nada partidario de gastar energías en la protección de territorios alejados del continente, acepta la idea de llevar ciudadanos de Jonia a las zonas griegas que se habían vendido a los persas. Los atenienses no concuerdan con ello por doble razón. Primera, la densidad demográfica: la polis no desea repatriar colonos, sino crear colonias fuera de la región metropolitana. Segunda, estrategia: temor a que Esparta se inmiscuya en su zona de influencia. La soterrada disputa se dilucida en favor de la opinión ateniense. Este éxito político señala el inicio real de una alianza que los historiadores apellidarán con el nombre de Delos.

1. Formación de la Liga de Delos

La flota griega zarpa rumbo al Helesponto para destruir el puente construido por Jerjes. Al llegar a Abidos y comprobar que ha sido derruido por las tormentas, vuelven a surgir las discrepancias. Los atenienses y ciudades como Samos, Quíos o Lesbos, pretenden continuar la campaña atacando guarniciones fieles a los persas. Disconformes con tal iniciativa, los espartanos regresan al Peloponeso.

Estando Jantipo al frente de la armada, toman Sesto. Ello muestra el interés de Atenas y de los aliados jónicos en conquistar esta plaza fuerte (TUCIDIDES, I, 89). Por el Helesponto atravesaban los suministros procedentes de la cuenca del mar Negro. Además, la península poseía un material precioso para la flota naval: la madera de los tracios.

Vueltos a casa, surge un inesperado motivo de rencilla. Los atenienses encuentran su ciudad en ruinas. La reconstrucción se prolonga, por sugerencia de Temístocles, hasta las murallas. Era una aspiración normal para quienes habían sufrido una invasión enemiga. La rapidez de las obras provoca suspicacias entre los vecinos. Esparta exige que se suspenda el restablecimiento de las fortificaciones, no sea que sirva de cabeza de puente para la conquista total de Grecia por parte de los persas. La falacia del argu-

mento es evidente. Los atenienses envían a Temístocles para calmar a los espartanos y de paso retrasar cualquier solución negativa. Cuando la altura de los muros es suficiente, Temístocles declara que los suyos no renunciarán jamás a su empeño. Esparta encaja el golpe con disimulo y continúa en la alianza antipersa.

Encabezada ahora por Pausanias, el héroe espartano de Platea, la flota se apodera de Chipre, por el Sur, y de Bizancio, por el noreste. Pese a la satisfacción por tan notables éxitos, comienza entre los aliados una protesta generalizada contra Pausanias¹. Las causas son discutibles, pero Esparta lo sustituye por Dorcis. Ni siquiera esto calma los ánimos. El 478 los espartanos se retiran. Es la ruptura de la gran alianza helénica y la ocasión propicia para la hegemonía ateniense. Un año después las *poleis* interesadas en una nueva alianza mandan sus representantes a Delos. Allí determinan formar una nueva Liga que llevará el nombre de la pequeña isla.

Las condiciones de esta Liga son interesantes para el historiador. La finalidad es militar: proseguir la guerra contra los persas, tanto con fines estrictamente defensivos, como para alejarlos aún más de las cercanías de Grecia. Para llevar a cabo tal empresa, disponen el mantenimiento de una flota dotada de naves de guerra, de tripulación suficiente y de una cierta suma de dinero (*phoros*) aportada por todos los aliados. Las ciudades intervienen en la alianza de manera igualitaria. Todos conservan su autonomía en cuanto a régimen de gobierno, leyes de la ciudadanía, derechos de propiedad. El órgano superior cumple misiones específicas de índole militar a través de un consejo federal reunido en la isla con periodicidad desconocida. Los bienes para el sostenimiento de la flota son guardados inicialmente en la isla de Delos.

Cabe reseñar dentro de este organigrama general varias características sustanciales. Como aliado más poderoso, Atenas asume tácitamente el papel de dirigente de la Liga. Es la encargada de cobrar el *phoros* y el comandante es un estratega ateniense. Mas no todo son ventajas, puesto que deben aportar el mayor número de combatientes, mientras algunos *aliados* se limitan a contribuir con dinero compensatorio de naves y soldados².

¹ TUCIDES, 1,95, le acusa de desmanes. También levantaron críticas sus simpatías hacia las costumbres persas. Los espartanos sospechaban, en cambio, de su lealtad por haber estado en tratos con los ilotas.

¿Cuál era la suma necesaria para los gastos de la Liga? Interesante cuestión. Se encomendó al ateniense Arístides la responsabilidad de fijar la cifra (460 talentos). Con ese dinero podía abastecerse una flota de doscientas naves con unos doscientos hombres en cada una. Este dato ha servido de referencia a los historiadores para descubrir el número de componentes de la Liga concluyendo que, si algunos aliados aportaban sólo un talento, el total de miembros podría llegar a cien. En todo caso los primeros y grandes aliados fueron, además de Atenas, Quíos, Lesbos, Samos, Naxos y Tasos³. El grado de compromiso y fidelidad fue simbolizado en trozos de metal ardiente arrojados al mar⁴.

Las actividades de la Liga se formalizaron con la conquista de Eión en la desembocadura del río Estrimón. La captura de este punto estratégico de Tracia y la esclavitud de sus habitantes no bastaron para reducirlos del todo, por lo que se instaló allí una milicia colonial de atenienses, muy en consonancia con los intereses políticos de Atenas. La flota aliada, gobernada por Cimón⁵, dirige luego sus fuerzas contra la pequeña isla de Esciros. Podemos datar en el 476 o incluso posteriormente la ocupación de ciudad de Caristo (Eubea) que fue *obligada* a entrar en la Liga.

En medio de estas campañas Atenas afianza su poder e influencia dentro de la alianza con la amplia

² ¿Cuál fue la reacción de Esparta al verse reemplazada por Atenas en la dirección de la defensa de la Hélade? A primera vista pensaríamos que la reacción fue negativa. La respuesta no es correcta. Asumir el liderazgo contra los persas suponía contar con un buen ejército. A ello había que añadir la disposición permanente a movilizarse lejos de su territorio, algo que para los hoplitas del Peloponeso resultaba menos aceptable. Si sumamos a ello la necesidad de conservar una poderosa flota y la hipotética posibilidad de tener que acudir a periecos e ilotas para completar las tripulaciones, podremos entender por qué los jefes espartanos se resistían a seguir presidiendo la Liga y aceptaron resignados la hegemonía ateniense.

³ Entre las *poleis* fundadoras hay que citar a Delos y posiblemente alguna isla más de las Cícladas. Varias *poleis* de la isla de Rodas, la misma Platea y otras ingresaron en la Liga, casi con toda seguridad, desde el primer instante.

⁴ ARISTOTELES, *La Constitución de Atenas*, 23, 5, donde da cuenta del juramento sellado con los jonios: «tendrán al mismo enemigo y al mismo amigo».

⁵ Cimón aparece al ser enviado Temístocles al destierro en el 471. Cimón, hijo de Milciades y antiguo amigo de Arístides, sobresaldría por las victorias sobre los tracios, verosíblemente sobre Naxos y, como decimos, sobre Esciros.

ción anual de su flota (a un ritmo de veinte trirremes cada temporada). Por si ello no bastara, el puerto de Muniquia es transformado y agrandado con nuevas instalaciones en el Pireo. No es extraño que en un momento dado se atreviesen a echar mano de los fondos de la Liga para financiar las suntuosas edificaciones de la capital.

Las protestas no tardaron en llegar, entre otras cosas porque esas iniciativas no correspondían a los fines de la alianza délica. Naxos fue la primera. Su adhesión a la Liga había sido voluntaria, pero la separación no era tan sencilla para los aliados, porque podían dejar en retaguardía un potencial enemigo. El ataque tuvo como resultado la capitulación de los naxiotas, la pérdida de su flota y la cotización del *phoros*.

El argumento invocado por Naxos: que las acciones antipersas eran escasas y que los medos estaban reforzando sus guarniciones, no era irreal. Los persas reaparecen con un poderoso ejército en Asia Menor y con una flota de doscientas naves. Cimón se enfrenta a las huestes persas por tierra y por mar, derrotándolos en la desembocadura del Eurimedonte. El botín sirvió para mejorar la ciudad de Atenas, reconstruir los muros de la Acrópolis y dar mayor auge a la Academia. Este año 469, fecha de la batalla del Eurimedonte, constituye el final de la amenaza directa de los persas sobre la Hélade. Los atenienses y sus aliados podían navegar con tranquilidad por el Egeo e incrementar la prosperidad económica y política.

Quizás por ser una de las *poleis* fundadoras de la alianza de Delos, Tasos vio con malos ojos el encumbramiento de Atenas y sus aviesas intenciones sobre los puertos, minas y bosques de la vecina Tracia. La sublevación de Tasos debió acontecer entre el 466 y 465. La reacción no se hizo esperar. La isla fue conquistada y graves las penas impuestas: renuncia a las posesiones de la costa tracia, entrega de las naves de guerra, pago de contribución y demolición de las murallas. Por si fuera poco, se instalaron en la zona diez mil colonos. La jefatura ateniense estaba convirtiéndose rápidamente en manifiesto imperialismo.

La disputa en torno a Tasos tuvo consecuencias inesperadas. Los tasio habían pedido socorro a Esparta, alejada durante tanto tiempo de las contiendas del Egeo. Los espartanos prometieron en secreto una ayuda. Así estaban las cosas, cuando suceden dos acontecimientos simultáneos Esparta es sacudida por un fuerte terremoto y la confusión es aprovechada por los subyugados ilotas y periecos para sublevarse. El

desenlace fue curioso. Viéndose los de Esparta sin fuerza suficiente para atajar la rebelión, piden auxilio nada menos que a Atenas. La respuesta espontánea fue negativa, pero el propio Cimón —por motivos tan poco creíbles como los que cuenta Plutarco⁶— apoyó el envío de una expedición y se mostró dispuesto a encabezarla. Compuesta de cuatro mil hoplitas, la colaboración militar es rechazada a última hora bajo diversos pretextos⁷. El desaire sufrido por los atenienses significó la condena y posterior ostracismo de Cimón en el 461. Pero ya estaba accediendo al poder máximo un nuevo personaje, en cuyas manos va a afianzarse el imperio marítimo ateniense, llegando a su culmen el esplendor de la *polis*.

2. Consolidación del imperio marítimo de Atenas

Ya antes de la caída de Cimón había comenzado a triunfar en Atenas el parecer de Efiltes.

Mientras éste favorecía las tendencias democráticas, Cimón se inclinaba a las tesis opuestas. Efiltes es asesinado, pero le sucede en el protagonismo de la vida política ateniense Pericles. Al hilo de esta evolución interna y con miras aún más ambiciosas, continúa la política expansionista. Atenas se acerca a Tesalia, perdonándole sus viejas connivencias con los persas y, por otro lado, se alía con Argos, haciendo caso omiso del predominio espartano en el Peloponeso. Finalmente aprovecha que Megara abandone la liga peloponésica para entrar en la alianza délica. Megara podía ser el escudo de Atenas ante una probable invasión procedente del Peloponeso. Además, sus dos puertos —el de Pegas en el golfo de Corinto y el de Nisea en el Sarónico— servían a los atenienses para las *comunicaciones* con el oeste.

Este pacto fue sellado con la construcción de fortificaciones entre la ciudad y el puerto de Nisea y con la instalación de guarniciones aliadas. Los tratados dieron origen a nuevos conflictos, agravados con la intervención de Egina, enemiga de Atenas. Mientras ésta desembarca en la isla hostil, los corintios invaden la región de Mégara, con el fin de distraer a los sitia-

⁶ «Para no dejar coja a Grecia ni dar lugar a que su ciudad quedara sin pareja». PLUTARCO, *Cimón*, 16.

⁷ Los espartanos tenían las tendencias democratizadoras de los ciudadanos de Atenas, por ser caldo de subversión contra el régimen político espartano. Es una razón verosímil y confirmada por los mejores tratadistas de la historia griega.

dores. Los atenienses prolongaron el asedio y derrotaron a las tropas de Corinto. Esparta no interviene en estos acontecimientos, pero recelando de ella y temiendo que le cierre su salida al mar, Pericles manda construir los «muros largos» de Atenas.

Dos años después de los enfrentamientos en torno al istmo de Corinto —juzgados como el inicio de la «primera» guerra del Peloponeso (460-445)— Esparta abandona su actitud pasiva y manda a Fócide un ejército de mil quinientos hoplitas y diez mil aliados. La excusa fue una petición de Dóride, pero la intención real debió ser inclinar a Beocia de su lado. La lucha tuvo lugar en Tanagra, donde los hoplitas demostraron una vez más su superioridad sobre los atenienses. Un año después, el 457, las milicias de Atenas vuelven a Beocia. Fócide y Lócride entran en la liga délica y Beocia acata los dictámenes atenienses contra Tebas. Por estas mismas fechas Egina capitula. El castigo es severo: derribo de murallas, entrega de naves e ingreso en la liga de Delos con un tributo de treinta talentos. Los saqueos en la costa de Laconia y Mesenia, la toma de Zacinto, Cefalonia y Calcis y los pactos con Acaya confirman el poderío ateniense.

¿Qué sucedía mientras tanto con Persia, el tradicional enemigo de la Hélade? Aunque los datos no son precisos, la muerte de Jerjes favoreció la sublevación de Egipto, quien pidió ayuda a Atenas. Se ignora la razón de haber respondido con el envío de doscientas naves; verosíblemente fueron intereses económicos. La intervención acabó en fracaso. Comienzan asediando Memfis, pero aparecen los persas con un gran contingente de guerreros y el ejército greco-egipcio es sitiado a su vez en la isla de Prosopitis. Pocos se salvaron, los demás fueron muertos o hechos prisioneros⁸. En Atenas la derrota cayó mal y acaso eso explique la tregua con Esparta. Para resarcirse de la amargura del reciente desastre, Atenas envía a Cimón —vuelto ya del ostracismo— con una flota de doscientas naves. Estamos en el 450. Una parte marcha a Egipto en socorro del rey Amirteo, pero el grueso de la expedición toma Marion y sitia Citión. Cuando regresaban, se encuentran con fenicios y cilicios, aliados de Persia, logrando una importante victoria. Todo ello conduciría a firmar la paz con Persia⁹.

⁸Es ahora, hacia el 454, cuando los historiadores creen que el tesoro de la Liga fue trasladado de Delos a Atenas ante el temor de una invasión persa.

¿Qué sucederá con la Liga de Delos fundada para luchar contra los enemigos Persas? Enseguida responderemos. Antes hagamos un repaso final sobre la situación dentro de la alianza.

Hemos visto que las iniciativas bélicas son asumidas mayormente conforme a los designios de Atenas. Hemos comprobado también que algunas ciudades son obligadas a entrar en la alianza. La Liga se amplía considerablemente y no es ilógico que los Estados-Ciudad vecinos se muestren suspicaces. La actitud de predominio ateniense es indiscutible¹⁰. Sólo Quíos, Lesbos y Samos continúan aportando naves propias. El tesoro está en Atenas.

Pericles arguye que debe gastarse conforme a las necesidades del receptor. En algunos lugares más conflictivos se instalan guarniciones para vigilar a la población autóctona. Junto a los recaudadores atenienses los aliados reciben la visita de los *episcopoi*, o sea, inspectores que supervisan la fidelidad del pueblo. Para facilitar aún más la recogida de los *phoroi*, los atenienses dividen el territorio de la Liga de Delos en varios distritos¹¹. La revisión del *phoros* se hace en Atenas y otro tanto sucede con la distribución del gasto. La asamblea compuesta de 501 ciudadanos ate-

⁹En el año 449-448 Atenas, fatigada de tanta contienda que recaía sobre sus propios ciudadanos, suscribió un pacto de no agresión con los persas. Se ha discutido bastante sobre la historicidad de este pacto, denominado «paz de Calias». Existen datos contradictorios. Puesto que Tucídides no alude a ello ni tampoco varios autores clásicos, algunos creen que es un tratado inventado. Otros (MEIGGS, 1979, 129-151), amparándose en Isócrates y su panegírico, afirman la realidad del mismo. Diodoro (DIODORO, 14, 4, 5) relata el hecho con sus contenidos concretos, esto es, que las ciudades de Asia Menor serán autónomas, que los persas no se aproximarán a una distancia de menos de tres días de las costas y que ninguna de sus naves surcará el mar heleno desde Fasalis hasta el Bósforo. Prescindiendo de discusiones, lo cierto es que durante decenios Persia no se acercó al territorio dominado por la Liga délica.

¹⁰Aunque la Liga de Delos sigue existiendo y conservando en teoría su carácter de alianza, de hecho se produce en ella una transformación gradual: de la igualdad simple entre los aliados (*simmachía*) se pasa a la hegemonía ateniense y de ésta a una manifiesta posición de imperio (*arché*). No hay que concebir este imperialismo al estilo moderno. El desarrollo de las estructuras en las diferentes *poleis* griegas no daba para tanto. Atenas deja sentir su predominio a través de la flota; por eso hablamos de imperialismo marítimo, y, aunque no siempre imponía sus esquemas de gobierno, sí apoyaba a quienes eran más dóciles, lo que le llevaba a contradicciones con el propio régimen de la ciudad.

¹¹Inicialmente fueron tres, pero a partir del 443-442 se convertirán en cinco: Jonia, Helesponto, Tracia, Caria, Insular.

nienses admite a representantes de los aliados, pero únicamente Atenas tiene voto decisivo².

El año 446 los atenienses marchan sobre Eubea con cinco mil hombres. Conocemos un decreto de la Asamblea Ateniense en el que los ciudadanos de Calcis en Eubea prometen no sublevarse «ni de hecho, ni de pensamiento, ni de palabra» y desoír las propuestas de cualquier insurrecto. Además pagarán el *phoros*, ayudarán, defenderán y obedecerán al pueblo de Atenas (INSCRIPTIONES GRAECAE, I, 10). El texto no se anda con eufemismos acerca de quién es el jefe de la Liga y a quién ha de servirse. Unos años más tarde (441-440) sucederá algo mucho más grave. Estalla un conflicto entre la isla de Samos y Mileto (costa jónica) en torno a la polis de Priene¹³. La ayuda reclamada por los samios (¡a Esparta y a Persia!) complica las cosas. Los espartanos respetaron la paz concertada y los persas accedieron a una ínfima colaboración. Los aliados délicos intervienen con gran poderío bélico. La capitulación de Samos, tras un asedio de varios meses, conllevó, cómo no, la pérdida de sus naves, la entrega de rehenes y una fuerte suma de dinero. La flota queda prácticamente reducida a soldados atenienses.

Bizancio se había sumado a la rebelión de Samos. Acaso por ese motivo, Pericles organizó una gran expedición para visitar las costas del Norte hasta el mar Negro, dejando allí naves y soldados de apoyo para las ciudades fieles¹⁴. Los intereses económicos en la región eran muy fuertes, especialmente pensando en el aumento de población del Atica.

La expansión de Atenas no se limitó al Asia Menor, sino que se abrió hacia el Oeste. Con el Sur de Italia Pericles empleó una política diferente. Su hegemonía se tradujo en un sistema de pactos, sellando tratados formales con ciudades como Eggesta, Leontinos (Sicilia) y Regio (Península). Por otro lado, temiendo los recelos de una colonia exclusiva-

mente ateniense, Pericles opta por enviar a Sýbaris colonos procedentes de todas las comarcas griegas. Así surgió la colonia de Turios. De esta zona occidental saltará una voz de socorro (Corcira) que será el desencadenante de la guerra del Peloponeso en el 431. Como sabemos, dos años más tarde muere Pericles. Comienza a vislumbrarse el declive del imperio marítimo ateniense. Mas ello corresponde a otro periplo de la historia de Atenas y de Grecia.

III. EL ANÁLISIS

Como decíamos al comienzo, nuestro discurso tiene por objeto la mirada crítica que la historia de hoy realiza sobre los sucesos del pasado. Repetir la cronología de los hechos conocidos no sirve para interpretar en profundidad los acontecimientos de las sociedades anteriores a nosotros. Esta es una actitud adquirida e insoslayable para los historiadores actuales. Sin embargo, no hay que ser tan ingenuos respecto de los cronistas de la Antigüedad. Pluma tan veraz como la de Tucídides silencia el nombre de Efilantes¹⁵ en la narración de las tensiones que llevaron al poder a su admirado y alabado Pericles. Sospechan algunos, quizás con razón, que la postura política sustentada por el mentor de Pericles no era muy grata al autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso*. Por el contrario, él mismo tiene máximo interés en resaltar el «odio terrible» (TUCIDIDES, I, 103) que se despertó entre los de Corinto por causa de la alianza ateniense con *Mégara*.

En lo que venimos diciendo se nos desvelan algunos elementos significativos para juzgar la historia y la actitud de Atenas respecto de sus aliados durante la *pentekontaetia*¹⁶, coincidente en buena parte con el Imperio marítimo. Pero lo dicho es insuficiente.

Un buen estudio histórico-crítico tendría que abarcar tres aspectos sustanciales: por un lado, la manera en que van desarrollándose las tendencias imperialistas y las estructuras que la configuran. Nos

² Las tres islas mencionadas (Quíos, Lesbos, Samos) estaban al margen de la estricta dependencia, conservando junto con las naves una notable autonomía. Uno de ellos quebrará, como ahora veremos.

¹³ Resulta difícil descifrar por qué Atenas ayuda tan pronto a los de Mileto (su Constitución más democrática no convence suficientemente) y por qué Samos recurre a las armas.

¹⁴ De esta época debe ser la fundación de una colonia en Tracia (hacia el 445). Probablemente fue absorbida después por Anfípolis, que suministró materia prima para la flota hasta su llorada pérdida en las guerras poloponésicas.

¹⁵ Tampoco lo nombran otros historiadores griegos. Aristóteles, en cambio, le dedica grandes elogios: «incorruptible y lleno de justicia hacia el Estado». ARISTÓTELES, *La Constitución de Atenas*, 25, 1.

¹⁶ Ya hemos indicado el significado de este nombre que parece fue acuñado por el propio Tucídides, cuando hablaba de *en étesi pentékonta*. TUCIDIDES, 92, 2.

referimos a las batallas con los medos y la colaboración armada con los aliados, pero también al poder político que desde Atenas da forma a esas iniciativas y a la base social que apoya ese tipo de actividades. Por otro lado, es imprescindible descubrir los factores ideológicos que impulsan a la postura hegemónica de los atenienses y al papel sumiso de los demás. Pensamos en la enemiga antipersa, aunque también en el sueño de una Hélade unida y engrandecida por un poderío grande. No cabe descartar el empuje de algunos movimientos religiosos. Por último, hay que contar con los móviles económicos como infraestructura que se esconde tras determinadas acciones, y no debemos pensar únicamente en el ansia de un enriquecimiento descarado, sino también en la presión de los desheredados del Atica que se establecieron en territorio conquistado.

El desarrollo ofrecido a continuación no debe olvidar estas intenciones y juicios básicos que le sirven de fundamento. Contando con ello, subdivido nuestro análisis en tres breves puntos: el primero, dedicado a mostrar los medios de expansión del Imperio; el segundo, referido a la organización económica y el parágrafo conclusivo, a poner en presencia los pros y contras de los críticos e historiadores en torno al Imperio marítimo ateniense.

1. Medios de expansión

Atenas no hubiera podido mantener su predominio en el mar ni el encargo de velar por los intereses de la alianza sin la utilización de medidas apropiadas.

El empleo directo de la fuerza armada fue el más notorio y eficaz, como hemos visto. Pero ello suponía un enorme esfuerzo humano y económico, amén de tener que hallar en cada ocasión motivos suficientes para organizar la contienda. Este remedio de última instancia iba acompañado normalmente de tácticas cautelares.

La medida más agresiva era la implantación de guarniciones militares. Contra lo que a primera vista pudiera pensarse, éstas no eran muy convenientes para Atenas. Dos razones debieron contar mucho, y no sabemos cuál sería la de mayor peso. La primera, el alto coste de estos puestos de vigilancia sobre una región. La segunda, el malestar que esta permanencia armada de soldados atenienses provocaba entre la población autóctona. Por ello Atenas no multiplicó el

número de ellas, sino que las instaló sólo después de un conflicto o cuando un aliado —el caso de Mégara— lo solicitaba ante la cercanía de la amenaza enemiga. Al frente de estos puestos se hallaba un *phrouarcos*, un jefe militar, cuya función se extendía más allá de las meras obligaciones de guerra, como velar por la estabilidad política de la zona y, más directamente aún, impedir los brotes secesionistas.

No sabemos la relación que los *phrouarcoi* tenían con los *episcopoi* anteriormente citados. Quizás los últimos tenían una competencia estricta sobre las órdenes de la asamblea aliada (primero desde Delos, luego desde Atenas) que habían de ser cumplidas en todos los territorios. Es lógico de todas las maneras que ambas autoridades coordinasen sus iniciativas entre sí y también con las de los magistrados que obedecían a Atenas.

Una institución menos conocida y que no tenía las contrapartidas de las anteriores era la *proxenia*. Se trataba de un ciudadano de la región que estaba muy unido a los atenienses, que representaba el punto de vista de estos últimos y que vigilaba la marcha de los intereses atenienses. Con él la potencia hegemónica se libraba de la acusación de inmiscuirse en territorio ajeno. Por contra, los conciudadanos del *proxenos* le miraban con recelo y en ocasiones con odio intenso. Para protegerlos, Atenas se reservaba el derecho a juzgarles y, cuando uno de ellos era condenado en su ciudad, la causa pasaba a los tribunales de la capital ateniense. Cuando las cosas iban a mayores y alguno de los *proxenoi* o de sus familiares eran asesinados, el castigo que se infligía a la ciudad era similar a cuando había muerto de idéntica manera un ateniense.

La institución más conocida como medio de extensión del dominio ateniense fue la *klerouchía*. El nombre viene del término *kleros* que significa lote de tierra. Había algunos ciudadanos que eran enviados fuera de Atenas para obtener un *kleros*. Su situación no era mala, pues los *klerouchoi* seguían poseyendo todos los derechos como si fueran estrictamente atenienses. Su voz era escuchada a través de sus representantes, llegando a poseer en algún caso Asamblea propia, cuyas decisiones eran reconocidas como emanadas de Atenas (ELLUL, J., 1970, 107-108). Normalmente recibían tierras para trabajarlas y explotarlas en beneficio propio. Debió haber algunos, muy escasos, que ni siquiera laboraban el campo, sino que recibían rentas del lote que les había tocado en suerte. Tucídides (III, 50) sugiere que éste era un modo indirecto de sufragar el tributo a la alianza.

Se instalaron *klerouchoi* durante el siglo V en bastantes sitios, como Andros, Naxos, Eubea. Esto no era muy bien recibido por los aliados. De hecho se aplicó frecuentemente como castigo por una sublevación. Atenas lograba dos fines importantes. De una parte, la presencia de atenienses en una región, lo que facilitaba su tarea de vigilancia, sobre todo si era apartada o en lugares estratégicos —como los estrechos del Helesponto o del Bósforo—. De otra, aliviaba la presión demográfica sobre el Atica. Plutarco (*Pericles*, 11) comenta que los beneficiados de las *Klerouchiai* eran las gentes más desfavorecidas del *demos*; así se remediaba la pobreza de muchas personas, Atenas tenía que socorrer a menos indigentes y, por ende, se libraba de algunos parásitos sociales.

Una medida muy similar en sus rasgos, pero de índole diversa, era la colonia. Esta tenía carácter de emigración definitiva y los colonos no gozaban de la ciudadanía ateniense, pese a conservar vínculos estrechos con la *polis*. Es el caso de Brea y Turios. Probablemente estos colonos, recibidos como todos con temor y recelo, acababan siendo bien asimilados por los indígenas. Atenas extendía así su influencia, aunque curiosamente no creó demasiadas colonias en esta época.

2. Economía del Imperio

Se ha dictaminado en los últimos siglos que la consideración dictatorial o libertaria de un sistema político, social y hasta eclesiástico, se mide por su economía. Sin ser determinante, es cierto que en ella descubrimos algo de la esencia íntima de un proceso.

Respecto del denominado Imperio marítimo ateniense hemos ido destacando muchos factores de carácter económico. Lo hemos hecho con intención. No habrán escapado a la mirada del observador atento algunos detalles de carácter negativo y otros de índole positiva. Sobre ello vamos a incidir de nuevo. Conviene hacer previamente un pequeño balance esquemático de gastos e ingresos durante la época del Imperio. Los gastos fundamentales previstos se referían a las inversiones públicas, al mantenimiento de la flota, al culto y a las fiestas religiosas. Este montante se extendió después al pago de las asignaciones adscritas a los miembros de la *boulé*, a los magistrados y algo más tarde alcanzaron a los participantes en la *ekklesia* y a los necesitados de ayuda social extrema.

Las circunstancias extraordinarias, que casi siempre eran de guerra, exigían incrementos notables de dinero para el mantenimiento de los soldados y la construcción de naves.

Los ingresos tenían procedencia variada. El patrimonio público estaba compuesto de salinas, minas y de acuñación de moneda, así como de confiscaciones a algunos ciudadanos, botines de guerra y otros factores. A ello había que añadir los impuestos sobre metecos, libertos y los dictados extraordinariamente a todos los ciudadanos (también a los mismos metecos) con ocasión de una contienda. La *liturgia* era una carga inherente a un honor público y que sólo podían financiarla los ciudadanos ricos. Había *liturgias* de distinta índole que no es el momento de explicar, pero que se extendían a ciertas celebraciones festivas públicas.

Conforme fue cumpliéndose la estructura de la polis ateniense, comenzaron a percibirse impuestos de carácter indirecto en razón de una venta o por causa de importaciones y exportaciones en el Pireo.

¿Podía sufragarse con esto el montaje de la hegemonía ateniense en el mar Egeo? La respuesta es negativa. Pero eso no ha de llevar a la falsa conclusión de creer que Atenas organizó una hegemonía impositiva para subvenir a su déficit público. Aunque ella fue la beneficiaria de muchos aspectos económicos de la Liga de Delos, también es cierto que los fines de la alianza no fueron abandonados. Los persas fueron hostigados una y otra vez, sus tropas conocieron el sabor amargo de la derrota en la entrada del Egeo, este mar pasó a ser la ruta por donde los aliados podían moverse a su antojo y las ciudades jónicas del Asia Menor conocieron, por fin, la liberación. Por otro lado, ya hemos resaltado que el comercio se incrementó. También se aprovecharon las ciudades aliadas por la estabilidad de los suministros y por la prosperidad de los negocios públicos y privados. No hemos ocultado que quien más rentabilizó el triunfo sobre los medos fue Atenas. Además de las acciones colonizadoras que hemos reseñado como desahogo de sus desequilibrios económicos-demográficos y como fuente de materias primas, es innegable que al Atica afluyó todo el comercio y toda la actividad económica que tanta prosperidad puede traer en un momento dado a una región. A ello hay que añadir la intensificación real del movimiento de mano de obra, sobre todo esclavos, que tan pingües y netos beneficios rendía. Aún se atrevieron los atenienses a implantar su

sistema de impuestos bien lejos de su región: en los estrechos de Helesponto y del Bósforo, llegando a exigir hasta un diez por ciento de la carga.

Finalmente, no es desdeñable el factor monetario. Poco a poco Atenas va restringiendo la circulación a sus aliados e imponiendo la prohibición de acuñar moneda. La preponderancia del dinero ateniense, sobre el que hemos visto apoyado uno de los importantes ingresos del patrimonio público, sin ser dictatorial, no era ciertamente igualitaria. Que en tiempos tardíos alguno de los miembros de la Liga siga acuñando moneda sugiere que las maneras despóticas no eran del estilo de Atenas, pero ya la unidad monetaria favorecía tanto su economía que podía permitirse el lujo de ser condescendiente.

3. La discutida actitud imperialista

Desde la Antigüedad se acusó a Atenas de aprovecharse de la Liga délica para formar un Imperio. Tucídides atestigua el paso de la igualdad, que toleraba la presencia de un mando hegemónico, a las intervenciones de talante imperialista (TUCIDIDES, I, 97). No todos piensan así. Ha habido algunos que han visto en la «blandura» ateniense la causa de la fugacidad de su Imperio, mientras otros han creído que aún era temprano e inmaduro el desarrollo de las gentes, de las ciudades y de los «Estados» para forjar una estructura política supranacional.

Es obvio que las iniciativas de Atenas ante algunos aliados, como Naxos, Tasos, Samos, tuvieron carácter impositivo, más propio de una potencia imperialista que de un auténtico compañero de alianza. Cuando en el 428 los mitilenios se sublevaron, esgrimen como argumento antiateniense la pérdida de autonomía, si hemos de creer a Tucídides (III, 10). La conquista de Eritras, cuya fecha es discutible y que fue guiada por el mismo Cimón, concluye en un tratado que no deja lugar a dudas sobre el poder de Atenas.

Sin embargo, no les faltan razones a los comandantes de la flota aliada. Inicialmente se trata de consolidar las posiciones en las costas del Egeo e incluso conquistar nuevas «*poleis*» para la Hélade. Toda defección debilita la Liga y la pone a merced de los persas. Por si esto no bastara, los atenienses y sus amigos desean crear una región donde la prosperidad sea cada vez mayor. Para ello es imprescindible que las rutas de aprovisionamiento no encuentren obstáculos

insalvables. Aunque los castigos contra los rebeldes parezcan duros e incluso imperialistas, del resultado se beneficiarían todos los miembros de la Liga.

Tampoco es menospreciable otro argumento en favor de las acciones punitivas contra algunos que quisieron quebrar la alianza. Atenas respeta en casi todos los casos el régimen interno del Estado donde se ha intervenido, llegando incluso a apoyar esquemas de gobierno antitéticos con su ideal democrático. Se ha insinuado que la Atenas de los tiempos de Pericles estaba tan convencida y tan orgullosa de la estructura democrática de su *polis* que juzgó apropiado exportarla al resto de Grecia, y no sólo para favorecer la vida de las otras ciudades, sino para facilitar la edificación futura de una comunidad democrática panhelénica. Dicho así, este juicio es casi con toda seguridad una extrapolación, surgida en otras regiones fuera del Atica que miraron a Atenas como modelo de sociedad. Quizás el sentimiento estaba presente entre los atenienses de la época dorada que se consideraban los verdaderos autóctonos de la Hélade, pero no precisamente en cuanto guardianes de la pureza democrática, sino como los que habían conducido a Atenas a la grandiosidad de que daban muestra sus bellas construcciones y su poderío económico-militar.

Pero si hemos de concluir en profundidad, habrá que plantear clara y llanamente el interrogante que está latiendo en todo lo expuesto: ¿merece Atenas el juicio terminante de potencia imperialista? La respuesta es difícil, pero en todo caso no es comparable al enjuiciamiento que dirigimos hoy a los imperialismos actuales. Un poder tan amplio y tan hondo era impracticable antaño, por los medios disponibles, por la dificultad de comunicación y dominio, por la carencia de interés hacia algunos territorios y por otros factores fácilmente adivinables.

Para responder a nuestra pregunta, recorreremos los campos más estudiados, especialmente los jurídicos y económicos.

Comenzando por el aparato jurídico-administrativo, la cuestión suscitada se debe concretar en si los atenienses usaron el derecho como medio hegemónico. La respuesta general sería que Atenas respeta las estructuras igualitarias. Las excepciones podrían ceñirse exclusivamente a «la cosa pública», donde el juicio es siempre negativo contra quienes defienden intereses divergentes del mando ateniense, infligiendo a veces duros castigos amparados en la legalidad del pacto de alianza.

En una palabra, Atenas es un poder represivo con los aliados díscolos: los argumentos de éstos no sirven de nada cuando ponen en peligro la estructura del Imperio. De otra parte, el traslado del tribunal de apelación, por así decir, a la capital del Atica, se convirtió paulatinamente en ocasión propicia para favorecer a los amigos y perjudicar a los enemigos de los atenienses.

Si hemos comprendido bien a Will (WILL, 1972, 200) esto no basta para concluir en una condena del imperialismo ateniense. La jurisdicción no fue un medio automáticamente lesivo para los aliados menores, ya que la justicia federal sigue siendo neutral o respetuosa en los asuntos privados. Muchos miembros de las clases inferiores se atreven a demandar y denunciar los abusos de los poderosos, quienes acaban siendo condenados, aunque proclamen su interés y afecto patriótico por Atenas.

Si volvemos al tema económico como fundamento para enjuiciar el imperialismo marítimo de Atenas, nos encontramos con algunos elementos que aportan más claridad. Conviene ser circunspectos en este campo. Los datos negativos proceden en su mayor parte del período en el que estaba declarada la guerra del Peloponeso. Las actuaciones no tienen aquí el mismo significado, pues la situación bélica propicia iniciativas inexistentes en tiempos de paz. Con todo, disponemos de algunos testimonios que sí nos sirven para enjuiciar adecuadamente el asunto. Con una salvedad: todavía se discute la fecha segura de los testimonios aducidos (WILL, 1972, 218 n.). El Decreto sobre Metone enmarca el primer comentario. Este Decreto data del 426. La fecha está en los límites cronológicos de lo que hemos llamado Imperio marítimo ateniense, mas no es desdeñable. En ese Decreto se prohíbe a los habitantes de Metone adquirir grano procedente del Mar Negro sin permiso expreso de Atenas. El contenido es grave, suponiendo que la medida se extendía a los demás aliados de Atenas. De entrada, el argumento de una protección desinteresada y comunitaria sobre el Mar Egeo caería por su propio peso. Se comprendería así por qué algunas *poleis* jónicas no tenían demasiado fervor en defenderse contra los persas, pues éstos eran mejores patronos que los atenienses y el patriotismo heleno no era tan intenso como para hacer olvidar las cuestiones cotidianas. Las pocas objeciones que pueden hacerse contra esta opinión serían las siguientes. Está bien demostrado que Atenas no establece estas medidas

como instrumento para dominar el mercado de cereales: el esplendor económico-político de Atenas atraía suficientes mercaderes como para no necesitar de esos apoyos. La introducción de los *Helles pontophylakes* debió tener significado más bien estratégico, para disponer siempre de grano en los momentos de conflicto y para arrebatarlo a los enemigos en idénticas situaciones. A ello se añade la observación de Finley (FINLEY, 1984, 72), historiador muy crítico de Atenas, para quien es significativo que la política de reparto de tierras benefició a los individuos privados del Atica, transformados obviamente en bastión contra los enemigos, y que los impuestos no perjudiquen, sin embargo, a los aliados, al no existir el diezmo sobre sus tierras. Se confirma de alguna manera las motivaciones estratégicas de Atenas.

El Decreto de Clearco, datado verosíblemente hacia el 449, encuadra el segundo aspecto de esta reflexión conclusiva. En él se prohíbe a los miembros restantes la acuñación de moneda, tal como antes hemos señalado. El sentido imperialista de tal medida salta a la vista y, sin embargo, no es tan evidente. De esta determinación se exceptuó siempre a Lesbos que siguió acuñando su *electrum*. Pudiera ser que los mismos aliados como Quíos en el año 448 y Samos el 439 hubiesen sido alcanzados por esta disposición o que algunos se adhirieran voluntariamente a ella por las ventajas económicas que suponía una moneda tan prestigiada y universalizada como la ateniense.

En la perspectiva de los antiatenienses estaría bien claro el escalonamiento de medidas económico-imperialistas: 1º traslado del tesoro federal a Atenas; 2º arbitrios en el Helesponto; 3º acrecentamiento de las emisiones de moneda ateniense, culminando en Decretos como el de Clearco (WILL, 1972, 209 n.).

Quienes reconocen todo esto como signo de incremento del poder ateniense, especialmente en el Egeo, y desean paliarlo con otras motivaciones acuden a argumentos diferentes. Ante todo, el anhelo por extender la democracia que, aunque no hemos analizado en detalle por corresponder a otro tema, está aquí presente de forma vivísima. Algunos señalan además, apoyándose en Aristóteles (*La Constitución de Atenas*, 237, 3), que el imperialismo favorecía a los pobres, pobres del Atica es cierto y víctimas directas del peso de las contiendas, pero, en definitiva, sus inmediatos beneficiarios. También se apuntan razones

de índole religiosa. La unificación monetaria, tomado como modelo la diosa del Partenón, servía para difundir la devoción en torno a Palas Atenea, lo que se convertía en estímulo para los combatientes y un motivo añadido para su unidad interna.

En todo caso, nada puede justificar el paso real que Atenas hace dar a las *poleis* confederadas: de ser simples y fieles aliados a convertirse en súbditos obedientes a los dictados de la capital. Que los atenienses ejercieron este papel imperialista con bastante acierto está bien demostrado por la permanencia de tantos Estados en la alianza, pero también es verdad que el imperialismo marítimo fue lesivo para varios de sus grandes aliados.

Aún aparecerán seguramente nuevos datos que aporten una luz definitiva a esta controvertida cuestión del imperialismo ateniense.

BIBLIOGRAFÍA

ALLEN, V.F., 1975: *The First Tribute Stele and the Athenian Empire, 455-445 B. C.*, Michigan.

ARISTOTELES, 1970: *La Constitución de Atenas* (A. Tovar), Madrid.

ARISTOTELES, 1972: *La Constitución de Atenas* (G. Mathieu, B. Haussollier, G. Bude).

BARCENILLA, A., 1964: *Grecia, origen y destino*, Salamanca.

BENGSTON H., 1972: *Griegos y persas*, Madrid.

BLÁZQUEZ, J. M., LOPEZ MELERO, R. y SAYAS, J.J., 1989: *Historia de Grecia Antigua*, Madrid.

BOARDMAN, J., GRIFFIN, J. y MURRAY, D., 1988: *Historia Oxford del mundo clásico. I. Grecia*, Madrid.

BONNER, R.J., 1970: *Aspects of Athenian Democracy*, Roma.

BOWRA, C.M., 1970: *La Atenas de Pericles*, Madrid.

CHAMBERS, J.T., 1973: *Studies of the fourth-century Athenians. View of their Past*, Michigan.

CHAMBERS, M., 1986: *Aristoteles. Athenaion Politeia*, Leipzig.

CHAMOUX, F., 1987: *La civilización griega en las épocas arcaica y clásica*, Barcelona.

CHATELET, F., 1978: *El nacimiento de la historia*, Madrid.

CLASTER, J.N., 1967: *Athenian Democracy: Triumph or Travesty*, New York.

CLERC, M., 1979: *Les méteques athéniens*, New York.

CRAWFORD, M. (ed.), 1986: *Fuentes para el estudio de la historia antigua*, Madrid.

DAVIES, J.K., 1981: *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid.

DIODORUS OF SICILY, 1946: *The Loeb Classical Library*, (C.H. Oldfather), Harvard.

ELLUL, J., 1970: *Historia de las instituciones de la Antigüedad*, Madrid.

FINLEY, M.I., 1973: *Los griegos de la Antigüedad*, Barcelona.

FINLEY, M.I., 1984: *La Grecia Antigua: economía y sociedad*,

Barcelona.

FLACELIERE, R., 1969: *Plutarque. Vies III. Pericles-Fabius Maximus*; Alibiade-Corolian, París.

FLACELIERE, R., 1972: *Plutarque. Vies III. Cimon-Lucullus; Nicias-Crassus*, París.

GARCIA VALDÉS, M., 1984: *Aristoteles. Constitución de los atenienses*, Madrid.

GOMME, A.W., ANDREWES, A. y DOVER, K.J., 1945-1981: *A historical commentary on Thucydides*, Oxford.

GUZMAN, A., 1989: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid.

HAMMOND, N.G.L., 1973: *A History of Greece to 322 B.C.*, Oxford.

HAMMOND, N.G.L., 1973: *Studies in Greek History*, Oxford.

HIGHBY, L.E., 1936: «The Erytrae Decree», *Klio*, 36, 39-57.

HORNBLOWER, S., 1985: *El mundo griego*, 479-323, Barcelona.

JONES, H.S. y POWELL, 1942: *Thucydides Historiae*, Oxford.

LAFFOURGUE, G., 1975: *Historia del mundo. Oriente y Grecia*, Madrid.

LEVI, M.A., 1968: *Comento storico alla Republica Atheniensium di Aristotele*, Milán.

LOZANO, A. y MITRE, E., 1979: *Análisis y comentarios de Textos*, Madrid.

MEIGGS, R., 1979: *The Athenian Empire*, Oxford.

MEIGGS, R. y LEWIS, D., 1988: *A selection of Greek Historical Inscriptions to the end of the fifth Century b.c.*, Oxford.

MOSSE, C., 1967: *Les institutions grecques a l'époque classique*, París.

MURISON, C.L., 1971: «The Peace of Callias: its Historical Context», *Phoenix*, 25, 12-31.

NENCI, G., 1981: *Grecia en la época de Pericles*, Barcelona.

OLDFATHER, C.H., 1950-1956: *Diodorus of Sicily* (vols. IV-V), London-Cambridge.

PLÁCIDO, D., 1983: *Fuentes y bibliografía para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid.

PLÁCIDO, D., 1989: *La pentecontecia*, Madrid.

PLUTARCO, 1973: «*Vidas paralelas*», Biógrafos Griegos, Madrid.

PLUTARCO, 1987: *Vidas paralelas*, Bristol, 1Y87.

PSEUDO-JENOFONTE, 1971: *La república de los atenienses* (M. Fernández-Galiano), Madrid.

ROMILLY, J., 1979: *Thucydides and Athenian Imperialism* New York.

RUIPÉREZ, M.S., 1978: *Historia de Grecia*, Barcelona.

RUFE, F. y AMOURRETI, M.-CL. 1987: *El mundo griego antiguo*, Madrid.

SCULLARD, H.H., 1967: *Panorama del mundo clásico*, Madrid.

STARR, G.CH., 1974 *Historia del mundo antiguo*, Madrid.

STE. CROIX, G.E.M., 195155: «The character of the Athenian Empire», *Historia*, 3, 141.

STE. CROIX, G.E.M., 1972: *The origins of the peloponnesian war*, Comell Uni. Press.

STRUVE, V.V., 1974: *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid.

THUCYCIDES, 1969: *History of the Peloponnesian war* (The Loeb Classical Library), London.

TUCIDIDES, 1970: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid.

WILL, E. 1972: *Le mond grec et l'Orient*, París.